



# Hacia una valoración del patrimonio cultural en el análisis comunicativo del paisaje<sup>1</sup>

Towards an assessment of the cultural heritage in landscape communicative analysis

## Resumen:

### Palabras clave:

Comunicología, paisaje, territorio, patrimonio cultural, interacción.

### Key words:

Communicology, landscape, territory, cultural heritage, interaction.

Recibido: 3 de jul. 2012

Aceptado: 24 de ago. 2012

<sup>1</sup>Este artículo de investigación se deriva del proyecto “Puesta en marcha y evaluación del Museo Urbano Territorial de los Andes Nororientales”, desarrollado por el investigador con el grupo Nodos de la Facultad de Arquitectura y Bellas Artes de la Universidad de Boyacá. Asimismo, incorpora aportes del estudio “Resignificación patrimonial de la Ruta Libertadora en Boyacá, Visión 2019”, liderado por el grupo Pame de dicha Institución.

\*Profesor asociado e Investigador del grupo Nodos. Comunicador Social.  
jallanos@uniboyaca.edu.co

Los paisajes han sido investigados por varias ciencias, mas no han sido examinados extensamente desde la óptica de la Comunicología y sus disciplinas conexas. Ante esta condición y en vista del interés planteado en distintos frentes por abordar este horizonte, en el presente artículo se reflexiona acerca de las posibilidades para desarrollar análisis comunicativos en los cuales se preste especial atención al patrimonio cultural. Inicialmente, se contempla al paisaje como una plataforma prolífica para tales estudios; a continuación se compendian las premisas del interaccionismo en la comunicación que resultarían aplicables en la comprensión de diversos espacios; luego se revisan otros planteamientos teóricos y metodológicos destinados a complementar y fortalecer dicho enfoque. Por último, se resalta el valor de los bienes patrimoniales como claves para la lectura e interpretación de los mensajes y códigos existentes en un territorio. Asimismo, se ve en la Ruta Libertadora de Boyacá un posible caso a explorar desde la propuesta referida.

## Abstract

Landscapes have been researched by various sciences, but have not been extensively examined from the standpoint of Communicology and its related disciplines. Given this condition and recognizing the interest of different perspectives for addressing such horizon, this paper reflects about the possibilities for undertaking communicative analysis in which cultural heritage gains a particular attention. First of all, landscape is viewed as a prolific foundation for these studies; afterwards, a summary of the basis of Interactionism in communication is presented; these ideas are applicable in the understanding of several spaces; then, other propositions both theoretical as and methodological that should strengthen and complement the Interactionism approach are reviewed. Finally, the importance of hereditary goods as a key for reading and interpreting the messages and codes in a territory is emphasized. Likewise, the “*Ruta Libertadora*” (Liberty Route) in Boyacá is considered as a possible case to develop from this framework.

## INTRODUCCIÓN

Aunque el paisaje usualmente denominado 'cultural' ha sido examinado por múltiples disciplinas, como es el caso de la Geografía, la Ecología, la Arquitectura y el Urbanismo, su exploración ha sido escasa desde la perspectiva de la ciencia de la comunicación. Ahora bien, al acoger la definición de Mitchell (2000) quien ve en el paisaje una forma de seleccionar, representar y otorgar un significado particular al mundo, se percibe que en la variedad de espacios donde se registra una interacción entre los grupos humanos y su entorno, es viable entrever un gran texto, factible de ser estudiado desde diversos enfoques comunicativos.

En efecto, la urbe cosmopolita, el poblado intermedio o las pequeñas aldeas tradicionalmente acopladas al ritmo de la naturaleza, poseen en mayor o menor proporción elementos que dan cuenta de valores compartidos, soportan la historia vernácula, testifican la memoria colectiva de los habitantes, insinúan tensiones y conflictos y ofician como transmisores de principios identitarios. Esa suma de significados —plasmados en construcciones físicas o simbólicas— en los que subyace un valor patrimonial, propicia dinámicas de cognición y retroalimentación, como también acciones de comprensión, apropiación e intervención del entorno. Cuando esto ocurre, puede hablarse de un proceso comunicativo.

Entonces, resulta obvio afirmar: "el paisaje comunica". A partir de esta evidente realidad, aparecen interrogantes que perfilan la aproximación comunicológica a tal objeto de estudio: ¿Es viable vincularlo con ejercicios comunicativos, más allá de tan elemental afirmación? ¿Qué propuestas sustentadas en la Comunicología o asociadas con dicha ciencia posibilitan su reconocimiento? ¿Puede ser interpretado como imagen o medio de emisión y recepción de mensajes? ¿Hasta qué punto determina o favorece

las relaciones entre las personas?  
¿Cuáles son las formas y los modos como interactúa con las comunidades?  
¿Cuál es la relevancia de los valores patrimoniales inmersos en su morfología?

Así, conferir una mirada al paisaje desde la óptica de la comunicación, constituye un camino para concebir propuestas en torno a las inquietudes enunciadas y entender los bienes patrimoniales inmersos en los espacios paisajísticos como las claves de narrativas culturales y sociales que potencian una dinámica dialógica, esbozan nociones de identidad, expresan tensiones y referencian la memoria de una comunidad. En el presente texto se busca entonces aportar a las ya emprendidas aproximaciones teóricas y metodológicas que sustentadas en el entrecruzamiento de la Comunicología con disciplinas como el Urbanismo, la Arquitectura y la Historia, examinan los paisajes, sus complejidades y las cargas simbólicas de su patrimonio inmanente. Respecto a este cometido, resulta oportuno retomar las palabras de Lynch (1992):

Cualquier paisaje habitado es un medio de comunicación. Sus mensajes pueden ser explícitos o implícitos, simples o sutiles. Pueden ser emitidos por personas o por objetos. El análisis del paisaje como medio de comunicación se extiende mucho más allá de los ejercicios convencionales de control de señales (p. 41).

A partir de la anterior proposición y para definir un punto de partida, cabe puntualizar que existe una dirección doble en los estudios comunicativos encaminados a abordar el paisaje: por una parte, en él se vislumbra un entorno donde se desencadena una multitud de interacciones entre los individuos y de éstos con los componentes del espacio material; y de otro lado, se le asume como un medio difusor de información, una articulación de símbolos e imágenes que a través de sus componentes visuales, sonoros u olfativos, transmite disímiles emociones, sentimientos y evocaciones cuya decodificación e interpretación son efectuadas de manera diferenciada por la razón humana.

Necesariamente, entre estas dos perspectivas emerge una afinidad, la cual se intentará presentar con el ánimo de encontrar en ella una plataforma conceptual válida para leer el paisaje y enfatizar en su patrimonio inmanente. De San Eugenio Vela (2009) proporciona una pauta en este sentido: “¿Cómo poner de relieve, cómo hacer visible, cómo destacar todos esos aspectos del paisaje? En mi opinión, cabe solo una respuesta: mediante la comunicación.” (Sección La comunicación, un elemento más de valorización del paisaje).

## EL PAISAJE COMO PLATAFORMA PARA EL ANÁLISIS COMUNICATIVO

El paisaje ha sido objeto de numerosas conceptualizaciones en función de la perspectiva profesional con que ha sido abarcado. Si se solicita una definición del término a un geógrafo, se encontrará una descripción de configuraciones físicas, algunas de ellas intervenidas o transformadas por la mano humana; si se indaga la opinión de un ecólogo, probablemente se referirá a la evaluación, a pequeña escala, de las condiciones generales del medio natural; entre tanto, los

artistas priorizarán su valor estético y los urbanistas y arquitectos hablarán de un ámbito de proyección idóneo para trasladar sus inquietudes de ordenación del territorio e innovación en el diseño de inmuebles y obras conexas. Por su parte, para la Comunicología se ha venido consolidando como un espacio cultural pletórico de significación y de una alta carga de evocación narrativa:

El tránsito hacia un abordaje comunicativo del paisaje implica, en primer lugar, buscar valores añadidos al mismo (...) Esta tendencia supone avanzar en la búsqueda del mensaje implícito en el paisaje y, por tanto, resulta interesante indagar más allá de sus dimensiones físicas y/o naturales, penetrando en los valores estéticos, morales, simbólicos e identitarios del paisaje, todos ellos potencialmente comunicables (Nogué & De San Eugenio, 2011, p. 29).

Por consiguiente, paisaje es una noción compleja, cuyas acepciones han sido consideradas de distintos modos y de acuerdo con las especificidades de uno u otro campo del saber. Es pertinente entonces verificar aquellas cualidades que lo justifican y resaltan para el examen comunicativo. Aunque hoy se reconoce en el concepto, tal y como lo concibe el Convenio Europeo del Paisaje (CEP)<sup>2</sup>, una suma de naturaleza y cultura, en algunas academias y normas internacionales relativas al patrimonio, suele emplearse la denominación “paisaje cultural” para acentuar la condición de aquellos lugares donde la presencia humana ha producido una construcción definida por la integración de valores históricos y sociales. Sobre esta particularización es procedente sugerir una reflexión.

<sup>2</sup>Primer tratado internacional específico sobre la materia, que entró en vigor en 2004.

<sup>3</sup>Si bien esta es la dirección a recorrer, también es prudente acotar que los parajes exentos de la intervención humana o muy poco alterados por tal mediación, en algunos casos siguen siendo llamados “paisajes naturales” o “ecológicos”.

El planteamiento de Goodman (1972) quien califica lo cultural como “un problema de patrones que pueden afectar la distribución de los individuos en el espacio” (p. 59), refleja la necesaria conexión entre el medio físico y las polifacéticas manifestaciones del hombre. Entonces, la visión del CEP en el sentido de superar la denominación “paisaje cultural” y abarcar como “paisaje” —sin más calificativos— todo contexto caracterizado por la convergencia entre una comunidad y su entorno, puede ser la más acertada para estudiar diversos escenarios desde la óptica de la ciencia de la comunicación<sup>3</sup>.

Por lo tanto, para la aproximación comunicativa aquí tratada, se entiende al paisaje como el fruto de la interacción de las personas y su medio circundante a lo largo de diferentes momentos, cuyo soporte es un territorio —urbano o rural— percibido y valorado por sus cualidades culturales y naturales, donde se descubre un lenguaje sustentado en elementos materiales e intangibles que informan y llegan a transmitir la probable identidad y la memoria de una comunidad. Ciertamente, el funcionamiento de un lugar y su percepción por parte de quienes lo han ocupado, propicia múltiples significados, más o menos compartidos.

Es preciso tener en cuenta que la extensión de un paisaje no se restringe a una sola circunscripción o división político-administrativa, pues con frecuencia trasciende las fronteras municipales, regionales e incluso nacionales. Esta observación conlleva

a revisar brevemente ese todo donde se circunscriben los escenarios, como es el territorio. En consonancia con Ortiz (1998) quien sugiere la búsqueda de otro territorio, se apunta a ver en esta dimensión no solo un área geográfica ceñida a límites y coordenadas, sino también y en especial, a esa matriz física donde se posibilita la coexistencia de prácticas, hábitos y principios.

Esta superación de lo netamente espacial encuentra un vínculo con lo afirmado por Giraldo (2003): “el hombre no sólo se asienta en términos físicos y biológicos, sino en una multidimensionalidad natural, social, ordenada y simultánea, propia de cada sociedad” (p. 43). En tal sentido, puede asumirse que el territorio ejerce la función de transmisor de mensajes en los cuales, de manera incesante, se inscriben símbolos aceptados y nuevas connotaciones. En consecuencia, se trata de un emisor de disímiles contenidos, visibilizados mediante una ordenación simbólica y discursiva llamada paisaje. Ese conjunto semántico, al ser interpretado y apropiado por la población mediante operaciones variadas, motiva una interacción que completa el proceso comunicativo.

## EL PAISAJE DESDE EL ENFOQUE INTERACCIONISTA DE LA COMUNICACIÓN

La Comunicología ha adoptado diversos objetos de estudio. Si bien los medios masivos de información han ocupado una buena parte de los trabajos, esta ciencia no se limita a la investigación de tales medios. De hecho, su corpus se ha robustecido con contribuciones de otras disciplinas, cuyos lineamientos no se remiten exclusivamente al fenómeno mediático. Entre ellas, con las que mantiene estrechos nexos, se encuentran la Sociología, la Psicología, la Semiótica y la

Lingüística, horizontes que confieren la base multidisciplinaria requerida para integrar múltiples perspectivas en el análisis comunicativo del paisaje.

Para una de esas perspectivas, como es el interaccionismo, el paisaje es el teatro de las relaciones sociales.

En este orden de ideas, dicha visión recibe los aportes de dos corrientes: la Ecología Humana y el Interaccionismo Simbólico.

La Ecología Humana se desarrolló durante las primeras décadas del siglo XX en el ámbito de la Escuela de Chicago (EE.UU.), enfocada en comprender el laboratorio social que es la ciudad. Entre sus principales exponentes estuvo Robert Park, quien definió a esta ciencia como la encargada de escrutar los nexos de un organismo con su entorno. Componente esencial de la corriente es el territorio, pues

se trata del soporte donde se aprecian las similitudes y divergencias existentes entre todos aquellos que lo ocupan y vivifican. Por lo tanto, la Ecología Humana examina las actuaciones de los hombres con los ecosistemas. En estos últimos, integrados por individuos, objetos y el propio medio ambiente, se registran las relaciones entre los seres, como también de éstos hacia su medio.

A su vez, fue Herbert Blumer quien en 1938 postuló la expresión “Interaccionismo Simbólico” para exponer un enfoque orientado a comprender las sociedades a través de la comunicación, campo en el cual se advertía, ante todo, un fenómeno de interacción. Junto a este sociólogo, autores como Erving Goffman (1972) y George Mead (1968) compartieron esa inquietud por auscultar la realidad en términos de relaciones. Por tal motivo, sus investigaciones se encaminaron hacia la comprensión de los mecanismos empleados por la razón humana para conferir significados a los símbolos surgidos de las dinámicas interactivas.

Blumer (1982) definió tres premisas básicas de la corriente: 1) La caracterización del entorno se deriva de la interacción entre los individuos; 2) Las personas establecen sus actuaciones hacia el mundo con base en las significaciones que encuentran en los objetos; 3) Estas significaciones constituyen procesos de interpretación elaborados por los grupos humanos en su vinculación con los objetos. A su turno, Goffman (1972) equiparó a la sociedad con una gran formación donde se registran escenificaciones, a las que llamó “teatrales”. Por esta razón, su modelo recibió el nombre de Análisis Dramatúrgico de la vida diaria.

En esta misma dirección, Joan Costa (1995) se ha ocupado de una nueva conceptualización asociada con la interrelación entre los seres, los objetos, los espacios y los mensajes. Para este comunicólogo, las “cosas del entorno” toman sentido al concebir el paisaje como un “telón de fondo” por el que transcurre un flujo de comunicación interpersonal cargado de heterogéneos matices.

Así, desde la visión interaccionista, la comunicación evalúa las variantes que permiten a los individuos acoplar sus conductas a un contexto y entablar relaciones de mutualidad. Cabe resaltar que la aplicación en los estudios comunicativos de las corrientes mencionadas y de otras afines, propulsadas por varias escuelas, ha sido notoriamente explorada por Rizo (2004, 2005).

## EL PATRIMONIO EN EL ENFOQUE COMUNICATIVO INTERACCIONISTA DEL PAISAJE

Al ser el producto de reciprocidades y oposiciones ambientales, sociales y culturales, sucedidas a lo largo del tiempo y representativas de modos de vida, dificultades, tradiciones y creencias de una comunidad, el paisaje constituye una complejidad inacabada, donde se articulan elementos materiales e inmateriales.

En efecto, además de los componentes estructurales, físicos e inventariables asociados con la morfología, los

paisajes ofrecen un universo imaginario, surgido en gran medida de la interacción de sus habitantes con el espacio. En estas dos categorías en constante transformación, se revelan rasgos de ese legado que le brinda a un pueblo claves valiosas para reconocerse a sí mismo en su memoria, en sus valores y en sus rasgos.

En tal conjunto late lo que las sociedades entienden como su patrimonio cultural, crisol donde quedan marcadas las vivencias de quienes han convivido con la naturaleza y la han intervenido. Tal herencia conforma una base concreta orientada a dar continuidad a los pilares fundacionales y espirituales de un grupo humano, para servir así de fundamento en la afirmación de su identidad. Además, articula gran parte de la carga semántica que otorga a un espacio su potencial como objeto para el estudio comunicativo, pues, a manera de ejemplo, las emociones y funcionalidades generadas en torno a los bienes memorables, remiten a la interacción contemplada por la Ecología Humana y el Interaccionismo simbólico. Por lo tanto, es necesario hablar del patrimonio contenido en el paisaje.

En diferentes tratados internacionales y normas sobre la materia, el paisaje es contemplado como una manifestación morfológica y denotativa de las filiaciones históricas establecidas entre sociedad y naturaleza. De tal modo se insinúa un nexo con el patrimonio, conexión que ya fue implícitamente indicada mediante el concepto de 'site' (sitio), por la Convención para la Protección del Patrimonio Mundial Natural y Cultural de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), celebrada en 1972 (Prieur, 2002).



Al hacer mención del patrimonio es preciso señalar dos clases. Por una parte, el patrimonio material, tradicionalmente más aceptado y estudiado, se refiere en especial a edificaciones y objetos. Por su parte, el inmaterial alude a tradiciones, simbologías y pensamientos. Claro está que ambas dimensiones navegan en un mismo cauce, razón por la cual se ha recalcado la importancia de verlas como un solo conjunto cultural: “es conveniente establecer un enfoque global del patrimonio cultural que dé cuenta del lazo dinámico entre patrimonio material e inmaterial y de su profunda interdependencia” (Unesco, 2002, numeral 2).

Al tratarse de una clasificación cuyo arraigo y aceptación empezaron a reconocerse con mayor rigor hacia finales del siglo XX, es razonable revisar sucintamente el patrimonio inmaterial. La Convención para la Salvaguardia de este patrimonio, proferida por la Unesco (2003), declara que a su esfera pertenecen: “los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas –junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes– que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio” (Artículo 2, numeral 1).

Tal legado, transmitido de generación en generación, es vivido de manera constante por las sociedades en la interacción con su medio circundante. Asimismo, ese cúmulo de hábitos, representaciones, conocimientos y técnicas, suele otorgar a los individuos una sensación de pertenencia grupal y de continuidad a través del tiempo. De ahí que además de la Unesco, organismos como el Icomos (International Council of Monuments and Sites)<sup>4</sup> hayan destacado las manifestaciones de este apreciable capital que están presentes en las tradiciones orales, los oficios artísticos, las prácticas rituales y festivas, los saberes espirituales ancestrales y las habilidades artesanales de antaño aún preservadas.

Han sido recurrentes los intentos por conservar estas expresiones, pues tal preservación se asume como un camino hacia el sostenimiento de la diversidad cultural, a la que se ha conferido el carácter de columna esencial en la valoración histórica de los pueblos, sobre todo en años recientes.

<sup>4</sup>Consejo Internacional de Monumentos y Sitios.

En esta línea de acción, el Comité del Patrimonio Mundial auspició la identificación gradual por parte de la Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Inmaterial, de aquellos sitios que adquirirían la etiqueta de Paisajes Culturales. Tras varias discusiones, la XVI sesión del Comité, efectuada en 1992, adoptó la *Operational Guidelines for the Implementation of the World Heritage Convention*<sup>5</sup> e introdujo esta nueva categoría de paisajes. En 1993, el Tongariro National Park de Nueva Zelanda se convirtió en el primer escenario inscrito en el listado. La caracterización hecha por la Unesco de estos parajes, al destacar en su génesis el trabajo combinado del ser humano y la naturaleza, indica la presencia en ellos de un íntimo lazo entre la gente y su entorno, puente que representa un innegable potencial para los estudios comunicativos enmarcados en los lineamientos de las corrientes interaccionistas.

La inclusión de nuevos lugares en la lista da cuenta de como distintas organizaciones, encabezadas por la Unesco, han dedicado esfuerzos a la tutela de las manifestaciones humanas materiales e inmateriales implícitas en el territorio. En una tónica semejante, además de la Convención para la Protección del Patrimonio Mundial Natural y Cultural se han concretado otras acciones: la Conferencia Mundial sobre políticas culturales (México, 1982); la Recomendación sobre la Salvaguardia de la Cultura Tradicional y Popular, aprobada en 1989; y la creación del Centro Regional para la Salvaguardia del Patrimonio Inmaterial de América Latina (Crespia). Igualmente, la Unesco ha seguido realizando reuniones mundiales con autoridades del sector cultural. En estas jornadas, el patrimonio intangible es destacado como un eje esencial de la identidad de las comunidades, cuya riqueza justifica las labores encaminadas a su defensa.

Mención privilegiada merecen quienes encarnan en un grado elevado las habilidades, técnicas y nociones indispensables para la valoración de la vida social y la continuidad del caudal patrimonial de un pueblo. La Unesco los considera "Tesoros Humanos

<sup>5</sup>Directrices operativas para la implementación de la Convención del Patrimonio Mundial.

Vivientes” y para ponderar su trascendencia como fuentes informativas de saberes ancestrales, ha forjado distintos programas, entre ellos el de Tesoros Humanos Vivos, creado en 1994 con el propósito de amparar los conocimientos tradicionales de estas personas y multiplicar su transmisión. En este mismo horizonte, en 1997 se proclamó por primera vez la Lista de obras maestras del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad.

Mediante todos estos mecanismos se ha otorgado una pronunciada visibilidad a los valores, las costumbres y las ideas primigenias de las comunidades residentes en los paisajes culturales del patrimonio mundial y en aquellos sitios que reúnen el potencial para alcanzar dicha dignidad. En este conjunto, al igual que en los referentes corpóreos de la historia territorial, pueden descubrirse principios compartidos y referentes de la memoria colectiva, todos ellos factibles de ser convertidos en narrativas propicias para el análisis comunicativo.

Ese interés por el acervo material, pero ante todo, el trabajo destinado a revalorizar el saber inmaterial, ha llevado a pensar sistemáticamente en la “interpretación del patrimonio”. Este rumbo implica una progresión sobre las clásicas acciones de difusión y divulgación de los bienes culturales, pues de la socialización horizontal se pasa a otorgar preponderancia a su traducción y resignificación. En tal sentido, la lectura de las cargas emocionales entabladas con los elementos patrimoniales o el simple hecho de intentar captar la producción de simbolismos en torno a éstos, son procedimientos que ocupan una posición relevante en la gestión global del patrimonio cultural y se conectan con los postulados del enfoque interaccionista en la comunicación.

En esa implicación con el entorno, las comunidades elaboran conductas, legan herencias, asignan valores y formulan sentidos, pues como afirma Jiménez-Domínguez (1998): “la gente actúa conscientemente sobre el medio ambiente y además le atribuye significados específicos a través de lenguajes y símbolos” (p. 20). Por ende, el paisaje atestigua el recorrido de un colectivo social al albergar los bienes patrimoniales que éste produce, ya sean materiales o inmateriales.

En relación con estas operaciones comunicativas, en las que junto a las evidencias tangibles erigidas en un espacio se tornan perceptibles los valores intangibles, se sitúa el criterio de Mitchell (2000) cuando califica al paisaje como una forma de ideología, un ingrediente relevante en el afianzamiento de la identidad. Sobre esta cualidad puede retomarse el punto de vista de la interacción y seguir las proposiciones de Reguillo (2007) para identificar los principales procedimientos por los cuales se configura el discurso simbólico que particulariza a un lugar: 1) El feedback, el retorno o la retroalimentación entre el grupo y su entorno circundante; 2) La apropiación, es decir, los mecanismos usados para interiorizar un espacio y vivir en él de una manera única.

Entonces, en la medida que el paisaje es una forma del territorio percibida socialmente, resultado de la interacción entre las personas y el medio natural a lo largo del tiempo, su lenguaje inmanente, en el que mucho dicen sus componentes culturales

patrimoniales, ofrece numerosas opciones de tratamiento desde el punto de vista comunicativo interaccionista. Al indagar las señales de ese nexo del hombre con su entorno, visibles en los bienes físicos e intangibles, afloran datos de notoria cuantía que informan acerca del nivel más reconocible de esas relaciones, es decir, visibilizan la multiplicidad de modos de interdependencia.

Aun así, estos mensajes completan su sentido cuando se desvelan probables valores profundos, producto de maniobras no tan palmarias en el vínculo hombre-espacio. Si se desconocen las razones por las que un lugar ha experimentado determinadas alteraciones o no se identifican aquellas dificultades enquistadas tras sus marcas asibles, la utilidad, dimensión y significación de algunas de sus manifestaciones quizá adopten un tono incomprensible y distante, y a la postre, tal vez termi-

nen por perderse y olvidarse. Ante esta posibilidad surge la necesidad de incorporar un marco conceptual complementario, obtenido de teorías acopiadas en estudios comunicativos, para indagar los fenómenos subyacentes en los hechos explícitos del lenguaje paisajístico.

En definitiva, en primera medida se requiere entender al paisaje como un gran medio transmisor de mensajes, y de manera congruente, recurrir a un sustento metodológico que encamine la búsqueda de los paratextos introducidos en las huellas sensibles de los escenarios de la interacción.

## LA LECTURA DE LAS MARCAS DE LA INTERACCIÓN EN EL PAISAJE

La coexistencia de un grupo social con su entorno, analizable desde la visión interaccionista comunicativa, imprime en el territorio marcas, tanto permanentes como episódicas, que pueden ser abordadas desde otras corrientes de la Comunicología para brindar así mayor solidez y capacidad de penetración hermenéutica al análisis del paisaje y de sus bienes patrimoniales. De tal forma, se perfila un camino para explorar a fondo las disímiles señales de la interacción, en las cuales se reconocen imágenes impregnadas de sentido que bajo el aspecto de un gran texto, hablan de las interposiciones y transformaciones de un lugar, como también de las coyunturas de su patrimonio.

Inicialmente, para conferir ese complemento al estudio comunicativo interaccionista, cabe revisar una de las teorías que ha visto al paisaje como medio de difusión. Dicho planteamiento enfatiza en la dimensión mediática, es decir, en el potencial de los espacios para emitir mensajes y generar evocaciones. Pero antes es pertinente hacer una salvedad. Desde las perspectivas funcionalista y positivista de la comunicación resultaría impropio admitir que un territorio constituye un canal, pues estas vertientes restringen el quehacer comunicativo a cuanto acontece en los medios masivos tradicionales (radio, televisión, prensa escrita). Sin embargo, al incorporar aportes relativamente recientes se vislumbran nuevos panoramas. En especial, la remisión a las propuestas de Régis Debray (2001) otorga la suficiencia teórica para emprender

aproximaciones bajo este marco.

El filósofo francés impulsó la Mediología, sistema cuyo énfasis recae en visualizar la historia de la humanidad como un desarrollo logrado gracias a numerosos medios —no solo los masivos o tecnológicos— encargados de difundir pensamientos, códigos, símbolos, doctrinas y representaciones. El espectro se amplía así a todos aquellos agentes transmisores de información, extensión que llevaría a cobijar varios “dispositivos”, entre ellos, el paisaje mismo.

El paisaje sería entonces el depósito de una enorme variedad de señales que impactan a un considerable número de destinatarios. Debido a esta condición, en el clásico esquema comunicativo, compuesto por un emisor cuyos mensajes son enviados a un receptor a través de un canal,

desempeñaría el papel de este último componente, al ser el mediador entre los dos primeros y favorecer la difusión de la información. En este proceso, su carga semántica es vitalizada por las actuaciones de los grupos sociales que lo habitan, perciben y modifican.

Al comprender al paisaje como un medio de difusión donde interactúan los individuos con su entorno, se hace necesario registrar las actividades y estructuras que encierran enunciados discursivos. Entre este conjunto emisor se encuentran:

- Actividades industriales, agrícolas, ganaderas, forestales, marinas y fluviales. Asimismo, los oficios artesanales asociados a éstas.
- Hábitos vinculados con acontecimientos sociales de carácter lúdico, festivo, religioso, artístico y espiritual.
- Infraestructuras de transporte y obras de ingeniería.
- Asentamientos y monumentos vinculados con acontecimientos históricos.
- Itinerarios y rutas generadoras de imaginarios culturales.

En este punto es preciso recalcar un factor de especial atención. Para comprender de manera más rigurosa y profunda esa variada gama de símbolos e imágenes, producto de las operaciones de apropiación, construcción de significados, memoria e identidad de los grupos humanos, puede ser de notable ayuda recurrir a una orientación que si bien es propia de las ciencias sociales, también ha sido implementada en estudios comunicativos. Esta directriz metodológica serviría de sustento para encaminar la lectura de otras realidades inmersas en el paisaje, más allá de las verificables en un primer nivel, pues tal penetración es un camino que, como lo apunta Lynch (1992) al referirse al examen regional del medio ambiente: “es en parte sencillo y en parte problemático (...) en algunos de sus aspectos más simples, su análisis y control será ampliamente aceptado. Muy pronto, sin embargo, habrá que hacer frente a delicados asuntos de privilegio y poder” (p. 43).

Esa orientación es la Etnometodología, denominación usada por primera vez por Harold Garfinkel, quien sentó las bases de la corriente (Garfinkel, 1967/2006). Sus objetivos apuntan hacia la descripción del mundo social en razón de sus transformaciones constantes. Al enfocarse en la búsqueda de los procedimientos de fondo por cuyo conducto se crea un orden, plantea una interpretación centrada en el cómo de las realidades humanas (el modo en que éstas se desenvuelven y ejecutan) por encima del qué (cuáles se hacen o dejan de hacerse). De acuerdo con tales supuestos y con el empleo de distintas herramientas, se adentra en estratos no percibidos de las complejidades sociales. Igualmente, procura articular sistemas explicativos que integren los hechos con sus motivaciones, o bien patrones de conducta orientados a brindar una comprensión más completa de la situación observada.

La Etnometodología sostiene que todo es interpretación y nada habla por sí mismo. Trasladado al contexto del paisaje, tal postulado encuentra afinidad con lo indicado por Lynch (1992): “Las imágenes ambientales

son estructuras organizadas de reconocimiento y relación. También están impregnadas con significados, sentimiento y valor, y estos significados son más complejos y sutiles que las bases escuetas de la estructura” (p. 120). Por tal motivo, al investigador cualitativo le corresponde descubrir el verdadero sentido de las apariencias.

En los estudios comunicativos del paisaje, los aportes de la Etnometodología serían un respaldo: al captar los mensajes, leerlos e interpretarlos, cada elemento enunciativo pasaría a ser visto en su singularidad. No bastaría con aplicar normas o reglas preestablecidas, pues una condición válida en un contexto puede no serlo en otro. En efecto, aunque una concepción o un hecho sean generalizables, también es previsible su exclusividad. Como afirma Geertz (1983), quizá el conocimiento sea “ineluctablemente local” (p. 4).

En este orden de ideas, ya que la vida cotidiana se manifiesta de disímiles formas, es fundamental prestar una esmerada atención a los detalles de la interacción para llegar a una comprensión lo más justa posible. Al trascender las aproximaciones apriorísticas y preliminares hacia algunos elementos del paisaje, se revelan pistas para detectar si lo transmitido en la convivencia del grupo social con el espacio corresponde a la realidad.

Por ejemplo, una antigua casona colonial, tradicionalmente vista como patrimonio pero abandonada, sugiere en una primera lectura que su estado cercano a las ruinas deviene de la acción del tiempo y de las inclemencias climáticas. Al acoger los principios mencionados de la Etnometodología se podría averiguar si el inmueble se ha distanciado de la memoria colectiva, o si su condición se debe a una indisposición por recordar sus mensajes, pues tal vez rememora algo que determinados sectores prefieren disipar; o si tal vez se trata de indolencia e indiferencia por parte de las autoridades encargadas de preservar el objeto y otorgarle vigencia.

También sería factible exteriorizar los debates o desacuerdos suscitados entre el derecho ciudadano al acceso, contemplación y disfrute del paisaje como patrimonio común, y los igualmente legítimos derechos de propiedad y uso que gravitan sobre

los objetos paisajísticos destinados a funciones de índole privada, no siempre asimilables con el interés colectivo.

Con el soporte de las visiones interaccionistas, la Ecología Humana, la Mediología y la Etnometodología, es posible formular análisis que, desde la perspectiva de la Comunicología, vean al paisaje y a su patrimonio cultural como un medio de difusión de mensajes y escenario poliédrico donde se plasman procesos de relación de las comunidades con el entorno. De este modo, aquel enunciado básico —el paisaje comunica— es constatado, valorado y superado para apuntar hacia el objetivo mencionado por Mela (1994): “interpretar el paisaje y dotarlo de un tratamiento como sistema de comunicación: como mediación, como sistema de comunicación físico y social” (p. 10).

## LA RUTA LIBERTADORA, UN CASO PARA EL ANÁLISIS COMUNICATIVO DEL PAISAJE

El recorrido teórico y referencial previo proporciona una base más definida para visualizar la manera como el paisaje y sus expresiones patrimoniales son objetos potencialmente evaluables desde distintos paradigmas de la comunicación. Para estos análisis, los escenarios asentados en un territorio donde una sociedad interactúa con el medio, son comprendidos como mediadores, lienzos en los que se plasman las cronologías del hombre y la naturaleza, textos polisémicos que informan, imprimen emociones, motivan reflexiones y acciones.

Al formular tales estudios, alimentados por los fundamentos teóricos aquí enunciados, en los componentes del paisaje no solo habría de verse lo bello, deseado y meritorio de recuerdo, sino también las tensiones, los conflictos y desencuentros que quizá marchen a la par de esas visiones armónicas. Este podría ser el itinerario a implementar para emprender análisis con el concurso de la Comunicología en diferentes escenarios, como es el caso de la Ruta Libertadora.

Con tal nombre se conoce el trayecto conformado por los poblados, caminos y parajes que en 1819 fueron transitados por los ejércitos patriotas en desarrollo de la campaña emancipadora, destinada a concluir el dominio español en el actual territorio de Colombia. Hoy en día, esos sitios hacen parte de los departamentos de Arauca, Casanare y Boyacá, si bien en este último se concentra la mayoría de municipios donde las tropas pernoctaron, obtuvieron apoyo y avituallamiento, mientras sostenían varios de los combates decisivos de aquella empresa.

Como ocurre en estos lugares, los elementos simbólicos e inmateriales conviven al unísono con las estructuras físicas. De tal suerte que las costumbres preservadas por los habitantes, los relatos reproducidos oralmente y las actividades artesanales (cestería, cerámica, tejidos) alternan con los senderos, las edificaciones de variados estilos arquitectónicos, las reservas naturales y las marcas convertidas en monumentos.

Debido a esta confluencia, la frontera entre la herencia tangible y la intangible se torna difícil de discernir, a tal punto que en los aparentemente claros exponentes de una u otra, se advierte la alusión o la inminencia de su contraparte. Así, esta Ruta reúne componentes que según las declaraciones internacionales —como las señaladas en el comienzo— y la legislación colombiana, están cobijadas por la definición de patrimonio cultural:

bienes y valores culturales que son expresión de la nacionalidad colombiana, tales como la tradición, las costumbres y los hábitos, así como el conjunto de bienes inmateriales y materiales, muebles e inmuebles, que poseen un especial interés histórico, artístico, estético, plástico, arquitectónico, urbano, arqueológico, ambiental, documental, literario, bibliográfico, museológico, antropológico (Congreso de Colombia, 1997, Título II, Artículo 4)<sup>6</sup>.

Un estudio de la Ruta, complementado por los fundamentos comunicativos mencionados, tendría utilidad para comprobar, por una parte, en qué medida es perceptible el conjunto semántico capaz de exaltar la memoria colectiva y ponderar la carga simbólica identitaria y patrimonial establecida sobre el territorio. De tal manera, se exploraría lo expresado por el historiador del siglo XIX Fustel de Coulanges: “Allí por donde pasó el hombre, donde dejó una impronta de su vida y de su inteligencia, allí está la historia” (Citado por Le Goff, 1991, p. 105).

Entre las variadas huellas del paisaje, las casas erigidas a lo largo del trayecto operarían como uno de los textos más fértiles para efectuar la constatación sugerida: ¿Por qué exhiben indicios de una u otra arquitectura? ¿Qué necesidades familiares, religiosas y formales pretendían cubrir? ¿Hay matices de identidad regional en los modos de habitar esbozados por sus estructuras? ¿Poseen una funcionalidad que respalde la preservación de sus narrativas? ¿Han sido relegadas y sus historias disipadas? La marca habitacional visibiliza así la proximidad entre los elementos inmateriales y materiales del patrimonio cultural.

<sup>6</sup>El artículo 1 de la Ley 1185 de 2008 incluyó algunas adiciones y modificaciones a este texto de la Ley de Cultura de 1997. Tales cambios preservaron el espíritu de la definición ya existente de patrimonio cultural:

*está constituido por todos los bienes materiales, las manifestaciones inmateriales, los productos y las representaciones de la cultura que son expresión de la nacionalidad colombiana, tales como (...) la tradición, el conocimiento ancestral, el paisaje cultural, las costumbres y los hábitos, así como los bienes materiales de naturaleza mueble e inmueble a los que se les atribuye, entre otros, especial interés histórico, artístico, científico, estético o simbólico en ámbitos como el plástico, arquitectónico, urbano, arqueológico, lingüístico, sonoro, musical, audiovisual, fílmico, testimonial, documental, literario, bibliográfico, museológico o antropológico.*



Igualmente, dicho examen favorecería la identificación de aquellos rasgos culturales propios de la región, emergidos de las formas particulares de interacción entre el hombre y su contexto en los escenarios de la Ruta. La apuesta en este sentido sería por rescatar y reivindicar las raíces históricas, costumbristas y étnicas, entre otras tantas, como también sus problemáticas concomitantes, reveladas a través de esa coexistencia. Tal interés corresponde a lo señalado por Nogué (2007), consistente en una motivación por fijar imaginarios y afianzar identidades territoriales, postura claramente disonante con las generalizadas homogenizaciones contemporáneas. Según este investigador, es posible constatar un fortalecimiento de la noción de identidad en las sociedades actuales, conjuntamente con una creciente demanda por alcanzar singularidad y exhibir todo cuanto distingue a un lugar y a sus habitantes, entre lo cual se cuenta el paisaje. Al respecto, lo dicho por Hassoun (1996) resulta cercano: “en resumidas cuentas, si transmitir una tradición, una historia propia, se presenta como una construcción, es en última instancia porque el deseo de asegurar una continuidad en la sucesión de las generaciones, se presenta como una necesidad” (p. 139).

La Comunicología oficiaría como una disciplina interviniente en la observación de los aspectos del patrimonio cultural y de la identidad local que se encuentran grabados en los paisajes urbanos y rurales de la Ruta, en los códigos de su territorio, en el desenvolvimiento de los hábitos de sus habitantes. Constituiría un apoyo para comprender, como lo afirma Santos (2000), las sucesiones y coexistencias en las que se reconoce un espacio donde todos se reúnen.

## CONCLUSIONES

El paisaje ha sido usualmente estudiado por geógrafos, arquitectos, historiadores, sociólogos y urbanistas, entre otros profesionales. Por su parte, aunque no ha sido un objeto de análisis frecuente desde la óptica de la comunicación, han aparecido inquietudes por abordarlo como medio de difusión de información, o bien por examinar los procesos de retroalimentación establecidos entre una sociedad y su entorno. En estas líneas de trabajo, la Comunicología confiere valiosas contribuciones para una comprensión transversal de los códigos del territorio.

Los múltiples elementos que conforman el paisaje y constituyen su lenguaje intrínseco, plantean amplias posibilidades de evaluación desde el punto de vista de la comunicación. Además del camino aquí delineado, soportado por la visión interaccionista, la Mediología y la Etnometodología, podrían considerarse análisis del discurso, de recepción y emisión, etnografías, interpretaciones semióticas y relatos históricos.

Asimismo, sería factible explorar la incidencia del territorio en las prácticas sociales, el consumo cultural y la memoria de los lugares.

Una razón primordial para analizar la relación de los grupos humanos con el entorno desde la óptica de la comunicación, radica en que en esa interacción, los bienes culturales —materiales e inmateriales— son cargados de valor como resultado de un intercambio de subjetividades perdurable en el tiempo. Tal construcción de sentidos afirma el carácter patrimonial de un elemento.

En la formulación de estudios comunicativos como los esbozados, una fuente prolífica de información es el patrimonio cultural, representado en unidades tangibles e intangibles que ya sea por su exaltación oficial o por la valoración conferida por un grupo social, dan cuenta de procesos históricos de caracterización de las comunidad y su contexto. Entre este acervo se encuentran marcas físicas identificables, como también una serie de intangibles (celebraciones, técnicas, tradiciones) que son vitalizados en y por el territorio.

Por medio de estudios comunicativos orientados a reconocer la carga simbólica de los bienes patrimoniales presentes en el paisaje, se proporcionarían referentes y relatos para actualizar el legado cultural y reconstruir sus sentidos, pues es claro que su vigencia y continuidad en el tiempo se posibilita, en gran medida, cuando reviste relevancia social, política, económica e identitaria para una sociedad.

Al comunicar las narrativas históricas inmersas en los bienes patrimoniales contenidos en el paisaje, no se trata de repetir la letra muerta de lo ya sucedido, sino de motivar reflexiones acerca del significado de esa herencia y de su probable incidencia en un presente determinado. Adicionalmente, dicha exploración brindaría pautas para sopesar qué tan relevante resulta para una colectividad la preservación de ese conjunto y su transmisión a la posteridad.

Se ha acentuado una orientación, notoria en declaraciones internacionales de organismos como la Unesco y en la legislación de diferentes países, dirigida a interpretar los mensajes insertados en la realidad física del paisaje. Esta especie de concientización ha conllevado al desarrollo de mecanismos esencialmente comunicativos, algunos de ellos soportados en las teorías y enfoques aquí enunciados, cuyo fin es leer, decodificar y significar el acervo histórico, su valor asociado o la huella impuesta por un grupo humano. Entonces, en este horizonte de estudio, la Comunicología adopta una función de técnica cristalizadora que facilita la apreciación de la riqueza inmaterial y material de un lugar. Naturalmente, el reconocimiento de la evolución y transformación del territorio, la identificación e individualización de sus principales rasgos y la estimación conjunta de sus componentes, estructuran una base favorable para la salvaguarda y el fortalecimiento de los valores culturales determinantes de una sociedad.

En el caso de la Ruta Libertadora, un primer interrogante que permitiría concebir un análisis interdisciplinario con la intervención de la ciencia de la comunicación, sería: ¿Existen componentes tangibles e intangibles presentes en los paisajes de este trayecto que constituyan un patrimonio cultural y transmitan una integridad simbólica resultante de la interacción de los habitantes con el territorio? Este punto de partida llevaría a identificar y entender el nutrido universo narrativo: casas, haciendas, caminos, reservas naturales, costumbres, tradiciones, fiestas, devociones, música, danzas, coplas, farmacopea, anécdotas, dichos, refranes, leyendas, gastronomía. Con la insustituible participación de la población, se procuraría penetrar en los mensajes que enseñen el valor de esta riqueza o diagnostiquen cuáles elementos aún se conservan y vivifican, o por el contrario, son poco compartidos y corren el riesgo de perderse.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Blumer, H. (1982). *El Interaccionismo Simbólico: Perspectiva y Método*. Barcelona, España: Hora.

Congreso de Colombia. (1997). *Ley General de Cultura*. Ley 397 de 1997 ajustada de acuerdo con las modificaciones de la Ley 1185 de 2008. Recuperada el 4 de abril de 2012, de <http://www.mincultura.gov.co/index.php?idcategoria=6546#>

De San Eugenio Vela, J. (2009). Contribuciones comunicacionales a la puesta en valor del patrimonio paisajístico intangible. *Revista Faro*, (9). Recuperado de <http://web.upla.cl/revistafaro>

Debray, R. (2001). *Introducción a la Mediología*. Barcelona, España: Paidós.

Garfinkel, H. (2006). *Estudios en Etnometodología*. (H. A. Pérez, Trad.). Barcelona, España: Anthropos (Trabajo original publicado en 1967).

Geertz, C. (1983). *Local knowledge*: Nueva York, USA: Basic Books.

Giraldo, F. (2003). *Hábitat y sostenibilidad*. Colombia, ciencia y tecnología, 21, (2).

Goffman, E. (1972). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Goodman, M. E. (1972). *El individuo y la cultura*. México: Centro Regional de Ayuda Técnica - Agencia para el Desarrollo Internacional.

Hassoun, J. (1996). *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires, Argentina: De la Flor.

Jiménez-Domínguez, B. (1998). *Psicología social crítica, cultura urbana y globalización*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Le Goff, J. (1991). *Pensar la historia. Modernidad, Progreso, Presente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lynch, K. (1992). *La administración del paisaje*. Bogotá, Colombia: Norma.

Mead, G. H. (1968). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Mela, A. (1994). *La ciudad como sistema de comunicación social*. Milán, Italia: Franco Angeli.

Mitchell, D. (2000). *Cultural Geography. A Critical Introduction*. Malden, Massachusetts, USA: Blackwell.

Nogué, J. (Ed.). (2007). *La construcción social del paisaje*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.

Nogué, J. & De San Eugenio Vela, J. (2011). *La dimensión comunicativa del paisaje: una propuesta teórica y aplicada*. Rev. geogr. Norte Gd., (49), 25-43.

Ortiz, R. (1998). *Otro Territorio*. Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello.

Prieur, M. (2002). *Legal Provisions for Cultural Landscape Protection in Europe*. En Unesco World Heritage Centre (Ed.). *Cultural Landscapes: the Challenges of Conservation (Papers 7)* (pp. 150-156). París, Francia: Unesco WHC.

Reguillo, R. (2007). Ciudad y Comunicación. *Densidades, Ejes y Niveles. Diálogos de la Comunicación*, (74). Recuperado de <http://www.dialogosfelafacs.net/articulos/pdf/47RossanaReguillo.pdf>

Rizo, M. (2004). *El interaccionismo simbólico y la Escuela de Palo Alto. Hacia un nuevo concepto de comunicación*. Barcelona, España: Instituto de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperado de [http://www.portalcomunicacion.com/esp/pdf/aab\\_lec/17.pdf](http://www.portalcomunicacion.com/esp/pdf/aab_lec/17.pdf)

Rizo, M. (2005). La psicología social y la sociología fenomenológica. Apuntes teóricos para la exploración de la dimensión comunicológica de la interacción. *Global Media*, 2, (4). Recuperado de [http://www.gmje.mty.itesm.mx/articulos3/articulo\\_4.html](http://www.gmje.mty.itesm.mx/articulos3/articulo_4.html)

Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona, España: Ariel.

Unesco (Organización de las naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura). (2002). *Declaración de Estambul: El Patrimonio Cultural Inmaterial: espejo de la diversidad cultural*. Recuperado el 30 de marzo de 2012, de [http://www.lacult.org/doccult/listado.php?uid\\_ext=&getipr=MjAxLjIjONC4yMDUuOTI=&lq=1](http://www.lacult.org/doccult/listado.php?uid_ext=&getipr=MjAxLjIjONC4yMDUuOTI=&lq=1)

Unesco (Organización de las naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura). (2003). *Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Inmaterial*. Recuperada el 15 de marzo de 2012, de <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001325/132540s.pdf>